

EN ESTA EDICIÓN

Guiados por el Espíritu:
Sean distribuidores de la gracia del Espíritu Santo no controladores

Marcos Volcan

El Espíritu sopla donde quiere:
Unidad dentro de la Renovación

P. Wojciech Nowacki

Preguntas a la Comisión
Doctrinal de ICCRS:

¿Podemos ser guiados paso a paso por el Espíritu Santo?

Guiados por el Espíritu:

Sean distribuidores de la gracia del Espíritu Santo no controladores

■ Marcos Volcan



El Papa Francisco dirigiéndose a la Renovación Carismática Católica a principios de este año, pidió a sus miembros “que fueran distribuidores y no controladores de la gracia del Espíritu”. ¿Qué quería decir el Santo Padre con estas palabras?

Eran palabras de aliento viniendo de alguien que representa el poder de la institución y, como tales, son muy importantes para nosotros. Parece que el Papa quiere decirnos que ambas cosas, institución y carisma, no se oponen una a la otra, y que debemos actuar con más libertad para que la gracia de Pentecostés se multiplique y distribuya a los que la desean; y que, habiéndola recibido, puedan también, a su vez, compartirla libremente con otros. Lamentablemente, en muchas ocasiones, no vemos que esto suceda.

Esto no es para simplificar las cosas, pero al principio la Renovación se extendió como una gran corriente de gracia porque no pudimos ejercer ningún control sobre ella.

Por supuesto, no podemos ni debemos alentar prácticas carismáticas inapropiadas, ni deberíamos apoyar actitudes tomadas sin ninguna responsabilidad. Lo que deberíamos hacer en lugar de eso, es ofrecer formación adecuada a todos aquellos que llegan a

conocer el nuevo Pentecostés de nuestra época.

Por otro lado, tiene lugar el equilibrio cuando la Renovación Carismática, como una gracia, es pasada a aquellos que la han recibido con la misma

confianza y seguridad que el Señor tenía en aquellos que la recibieron en la Iglesia primitiva, de manera que pueda promoverse con la libertad necesaria para que se desarrolle en toda su plenitud.

Creo que un pasaje específico del Evangelio, una parábola, puede ilustrar mejor este punto.

La parábola de los talentos (Mateo 25, 14-30) puede utilizarse para iluminar nuestra reflexión a lo que el Papa nos ha pedido. A primera vista puede que no veamos esa relación, pero existe.

La parábola nos cuenta la historia de un hombre a punto de irse de viaje que convoca a tres de sus siervos, y a cada uno de ellos le da diferentes talentos, cada uno en proporción a su capacidad. Después de confiarles su propiedad, emprende su viaje.

Aquí podemos ver un principio básico que podemos usar cuando reflexionemos sobre nuestra vocación y al conducir nuestra vida cristiana. Lo que quiero decir es que cuando el Señor nos da una misión, nos proporciona los medios, los “talentos”, según nuestras capacidades, para que podamos ser capaces de llevarlos a cabo con éxito.

Con esta visión, nos volvemos más confiados y nos damos cuenta de que el Evangelio nos invita a ser personas emprendedoras. Es, por supuesto, un tipo de espíritu emprendedor que, si lo comparamos con modelos de dirección empresarial, debe ser ampliado a la perspectiva del Reino.

Lo que necesitamos entender es que nuestro servicio cristiano tiene que realizarse de tal manera que multiplique los dones que hemos recibido y de ese modo produzca nuevos talentos.

Ésta es una enseñanza bien conocida con respecto al discipulado cristiano. Vayamos un poco más allá en comprender lo que el Señor nos quiere decir en esta parábola.

Una condición exigida por los emprendedores de hoy en día, es que las tareas sean llevadas a cabo con libertad de acción. Esto es también algo que los entrenadores exigen cuando entrenan equipos deportivos, y que los directores de empresas quieren de sus directivos.

Este principio está en sintonía con la actitud del hombre descrito en la parábola. Da libertad a sus siervos y les permite trabajar como desean para demostrar que confía en ellos.

Éste es exactamente el punto clave que quiero resaltar. Es la personalidad del hombre que da los talentos. Les da libertad a sus siervos porque sabe que una vez que emprenda su viaje, no tendrá control sobre su propiedad. Por lo tanto, les permite elegir su propio proceder.

Si entendemos que los talentos recibidos son gracias otorgadas por el Señor, está claro que esas gracias deben multiplicarse.

« las gracias de Dios no se multiplican de la misma manera que el dinero. No siguen el mismo patrón en la obtención de resultados »

Obviamente, las gracias de Dios no se multiplican de la misma manera que el dinero. No siguen el mismo patrón en la obtención de resultados.

Entonces, ¿cómo deberíamos multiplicarlos? Permitiendo que cada uno de nosotros actúe según nuestras capacidades, esto es, utilizando nuestros dones naturales y usándolos en la libertad que la propia gracia necesita para ser gracia. El señor de los tres siervos en la parábola no actuó como un controlador.

El problema está que la libertad exige responsabilidad y ésta no era la actitud de uno de los siervos, el que recibió un único talento. Decidió enterrar el talento que recibió. Mirando lo que hizo, parece que malinterpretó a su señor. Los dos primeros siervos fueron capaces de multiplicar los talentos y, por eso, fueron alabados por su señor e invitados a participar de todo lo que poseía.

El otro, sin embargo, cuando repasó las cuentas con su señor, trató de excusarse explicando porqué había enterrado su talento.

Esto es lo que hacemos muchas veces. Recibimos las gracias de Dios y las guardamos o, incluso peor, las enterramos. Podríamos preguntarnos cuántos tesoros hemos perdido al hacer esto.

El siervo de la parábola se excusa porque tenía miedo de su señor.

El miedo es uno de los mayores problemas de los seres humanos. En la vida cristiana el miedo sucede porque nuestra memoria es corta; a menudo olvidamos lo que el Señor ha hecho por nosotros, de la misma manera que el pueblo vagando por el desierto hizo. Cuando olvidamos, nuestra fe se ve debilitada y también como consecuencia nos debilitamos. Nos sentimos incapaces y no podemos ver nuestras capacidades y talentos. Sin fe nuestro entendimiento se vuelve confuso, nuestra perspectiva se reduce y nos paralizamos.

El siervo en la parábola se excusó porque su señor era un hombre duro.

Es interesante advertir que con los otros dos siervos el señor no fue duro. Al tercer siervo le llama negligente y holgazán. Allí radica el problema. El siervo estaba completamente equivocado. Se perdió la oportunidad que le habían dado, desperdició sus oportunidades y, por encima de eso, echó la culpa a su señor.

Enterrar los talentos es una de las peores actitudes que podemos tener. Corremos el riesgo de no volver a encontrar lo que hemos escondido. Además de eso, como afirmó el hombre de la parábola, el talento no produce ningún interés.

La parábola, como historia, nos puede ayudar a comprender que las gracias pueden y deben multiplicarse, y que la multiplicación tiene lugar cuando las gracias se comparten. Éste es exactamente el principio multiplicador de las gracias divinas. ¡No pueden ser guardadas o enterradas! En este tiempo del nuevo Pentecostés no deberíamos

tener miedo, sino que deberíamos entender que es mejor correr el riesgo de distribuir la gracia y compartirla generosamente que perderla.

Obviamente, el Espíritu Santo no depende de nosotros para donarse como quiere y a quien quiere; no obstante, el Señor quiere utilizarnos para alcanzar a las personas y hacerlas tener un encuentro personal con su amor incondicional, derramado en la Cruz y renovado en la acción perenne de su Espíritu. No miremos el número de dones recibidos. Por el contrario, quizá lo que necesitamos es la capacidad de manejar solo un único o unos pocos talentos. Quizá aquellos que cuidan de los pequeños detalles son más hábiles que aquellos que hacen grandes cosas. ¿Se han percatado alguna vez que son exactamente las pequeñas cosas las que marcan una gran diferencia en nuestras vidas?

Quizá el mal siervo, cuando miró a los otros, pensó que como solo había recibido un único talento era incapaz y decidió no hacer nada. Lo que deberíamos considerar es que requiere una mayor capacidad multiplicar lo poco. También, conociendo al siervo, el señor sabía que era capaz de hacer eso.

Dios sabe lo que somos capaces de hacer, nos conoce desde dentro y nos posibilita multiplicar lo poco que tenemos, incluso las cosas más pequeñas. La Renovación Carismática tiene que multiplicarse como una gracia en cada uno de sus miembros, que representan sus talentos individuales y singulares. Usted y yo podemos ser distribuidores de esta gracia, sin importar donde estemos, con la libertad que el Espíritu Santo nos da.

Algo digno de mencionar es que esta parábola no sugiere que deberíamos tener una actitud negligente como la del mal siervo. Por el contrario, nos advierte que no seamos así, que no cometamos el mismo error.

No existe ninguna fórmula mágica, no hay manual. No sabemos exactamente lo que hizo cada uno de los tres siervos; lo que sabemos es que tenían sus capacidades, que les dieron talentos y que su señor les dio libertad para actuar. Se trata, por lo tanto, de permitir que la gracia de Dios actúe en nuestras capacidades. En otras palabras, dejarnos ser bautizados en el Espíritu Santo, sumergirnos en su gracia y distribuirla a los demás.

Nos deberíamos sentir alentados por las palabras del Papa, estimulados de tener nuestro aliento y ritmo renovados y fortalecidos. Deberíamos hacer como esos corredores que se dejan para el final lo mejor de sus energías y, como ellos, seguir este trecho de nuestro trayecto a un ritmo rápido, siendo confiables en las cosas pequeñas para tener nuestra participación en las bendiciones que nos aguardan.

¡Que el Señor nos dirija! 🏹



Dirección postal: Palazzo San Calisto, 00120 Ciudad del Vaticano – Europa
 Teléfono: +39 06 69 88 71 26/27
 Fax: +39 06 69 88 72 24
 Sitio web: www.iccrs.org
 Correo electrónico: newsletter@iccrs.org

Rogamos que se pongan en contacto con la oficina de ICCRS para obtener permisos de reimpresión. El *Noticario de ICCRS* se puede adquirir gratuitamente por correo electrónico y cuesta 10€ si se desea adquirir por correo postal. El *Boletín de ICCRS para Servidores* se adquiere con una suscripción anual de 15€ por correo electrónico.

El *Boletín de ICCRS para Servidores* es una publicación internacional editada junto con el *Noticario de ICCRS*. Su propósito es proveer información sobre temas decisivos de la RCC.

Unidad dentro de la Renovación

■ P. Wojciech Nowacki

En Cristo nos hacemos partícipes de la vida de la Trinidad. Conformados por el poder del Espíritu Santo al Hijo unigénito de Dios, somos hijos en el Hijo y en el espíritu de los hijos adoptivos podemos decir Abba, Padre. Nos llamamos hijos de Dios: ¡que es lo que somos! (cf. 1Juan 3, 1n). Ante las lágrimas con las que el pecado marcó el corazón humano y a la comunidad humana, “Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados” (2 Cor 5, 19). Elevado sobre la tierra, atraerá a todos hacia Él (cf. Jn 12,31) “para reunir a los hijos dispersos de Dios” (Jn 11, 52). Pero no fue hasta Pentecostés que la comunidad de los discípulos de Cristo fue transformada, convirtiéndose en “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4, 32). Gracias al Espíritu Santo la Iglesia comenzó a existir no como una organización humana, sino como una comunidad sobrenatural.

El Espíritu Santo ha equipado a la Iglesia con todo lo que se necesita para predicar el Evangelio y conducir a todos los hombres a la unidad de la fe. La diversidad de los carismas y los ministerios jerárquicos son los dones del Espíritu para la Iglesia (cf. 1 Cor 12, 4-7). El Espíritu Santo multiplica el bien de la comunidad de la Iglesia, por medio de aquellos que sirven con el don de la sabiduría, la fe, la sanación, la profecía, las lenguas (cf. 1 Cor 12, 8-11) y a través del ministerio de los apóstoles, maestros, administradores, encargados de obras de misericordia (cf. 1 Cor 12,28-29). El don del Espíritu Santo, prometido por Cristo y dado a los apóstoles, trae una nueva experiencia de comunidad. El fruto del Espíritu Santo es la experiencia espiritual profunda de la unidad combinada con las consecuencias más prácticas (cf. Hch 4, 32).

La gracia del bautismo en el Espíritu Santo es la apertura a la corriente de amor que une al Padre y al Hijo. Este amor se desborda desde las profundidades de la Trinidad y llena los corazones de los creyentes. Esta unidad ya no es el mero resultado de las aspiraciones humanas, sino un don y un reto. La liturgia lo llama “comunión en el Espíritu Santo”. Experimentamos el amor unificador de Dios, que nos posibilita construir la unidad basada en un encuentro profundo, personal con Dios. Este amor es la fuente de los carismas. Recibir y ministrar los carismas forma la actitud de humildad y servicio para el bien de la comunidad. El Espíritu que une al Padre y al Hijo en el seno de la Santísima Trinidad, se nos está dando como el Espíritu de unidad y comunión. No es de extrañar que desde el principio los carismáticos, como los primeros cristianos, se han reunido en grupos de oración y diferentes tipos de comunidades desde el deseo de sus corazones. Sin embargo, el Espíritu Santo no quita completamente las debilidades y las diferencias humanas entre nosotros y los desgarros internos causados por el pecado original, pero nos da el poder espiritual para superarlos. Su don es muy exigente y requiere nuestro compromiso y colaboración. Él obra para crear armonía en la diversidad de los carismas, según la imagen de un organismo vivo, utilizado por San Pablo (1 Cor 12, 12-30). Por lo tanto para la unidad dentro de la Renovación es necesario que cada persona descubra adecuadamente su propia identidad y los dones que se le han concedido.

La obediencia al Espíritu Santo y el servicio de verdadera unidad exige poner humildemente el bien de la comunidad por encima de nuestro propio bien, intereses, ambiciones, lucha por el poder

y el énfasis en nuestra importancia. Tenemos que recordar que existe sólo un Señor en la Renovación. El Papa Francisco durante el encuentro en el estadio olímpico de Roma invitó a todos los participantes al canto común respondiendo a la pregunta: ¿Quién es el jefe de la Renovación? ¿Quién es el único Señor? Todo el mundo gritó: “¡Jesús! ¡Jesús es el Señor!” La respuesta correcta a esta pregunta surge en nuestros corazones solo por el poder del Espíritu Santo (cf. 1 Cor 12, 3). Esta confesión se expresa más por la vida que por las palabras. La reafirmamos cuando solo por la unidad estamos dispuestos a morir por amor a los hermanos, a nuestras ambiciones y creencias. Servimos a la unidad cuando sometemos humildemente todos los dones que hemos recibido bajo el discernimiento de la comunidad y su responsable, y al juicio y decisión de los pastores de la Iglesia.

Los líderes de la Renovación tienen una responsabilidad especial para cuidar la unidad en sus comunidades y entre las diferentes realidades carismáticas. Esto requiere, sobre todo, cultivar una relación personal con Cristo y moldear la sensibilidad a las acciones del Espíritu Santo. Se espera que los líderes tengan la capacidad de cruzar los límites de sus propios grupos y comunidades en el espíritu del servicio genuino al Reino de Dios. La implicación de diversos grupos carismáticos en un trabajo conjunto de intercesión o nueva evangelización, es una gran prueba de nuestra preocupación real por la verdadera unidad en la diversidad. Cuando quiera que nos sometemos al Espíritu Santo, permitiéndole que nos conduzca en unidad, experimentamos las bendiciones y la alegría según las palabras del Salmo: “Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos” (Sal 133, 1). Pero si sucumbimos al espíritu de la rivalidad y nos centramos en nosotros mismos, estamos destruyéndonos a nosotros mismos, nuestras comunidades y la Iglesia. San Pablo nos advierte contra este peligro con palabras poderosas: “Pero, cuidado, pues mordeándoos y devorándoos unos a otros acabaréis por destruirnos mutuamente” (Gál 5, 15). Nuestra unidad en el Espíritu Santo da poder y credibilidad a nuestro ministerio. Siempre que hay verdadera unidad, surge este grito lleno de admiración y fascinación, expresado por el antiguo autor cristiano Tertuliano: “Mirad cómo se aman”. El espíritu de la unidad atrae como un imán y contribuye al crecimiento de la comunidad.

En nuestro país algunas diócesis tienen una experiencia muy valiosa. Allí los obispos invitaron al responsable de los movimientos eclesiales, experimentado en el campo de la nueva evangelización, al ministerio común en retiros kerigmáticos en todas las parroquias de sus diócesis. De esta manera, las tareas emprendidas en cada ambiente particular se han integrado en la vida de la iglesia local, y los carismas de cada grupo unidos en la proclamación de la palabra de Dios.

La búsqueda de la unidad dentro de la Renovación también exige un compromiso de superar las disputas y los conflictos y buscar las cosas de Dios. Deberíamos recordar que la unidad de la Renovación, como la unidad entre todos los discípulos de Cristo, es el don del Espíritu Santo y el fruto de nuestra cooperación con él. Jesús ora constantemente a Dios Padre para que sus discípulos sean uno, para que el mundo pueda creer. Constantemente nos envía su Espíritu para que nuestra unidad pueda ser un signo claro de la unidad de la Santísima Trinidad, de cuya vida participamos. 🍷



PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a newsletter@iccrs.org

¿Podemos ser guiados paso a paso por el Espíritu Santo?

A menudo conducimos nuestra vida cristiana como si tuviéramos que llevarla a cabo nosotros solos. Nos volvemos a Dios para la fuerza y los carismas, y cuando estamos realmente perdidos pedimos su guía. Pero a menudo le imaginamos solo al principio y final de nuestro día, dándonos instrucciones y esperando que volvamos con la “misión cumplida”. La pregunta es: ¿deberíamos buscar ser conducidos paso a paso, decisión tras decisión, por el Espíritu Santo? ¿Podemos dejar que el Espíritu sea nuestra fuente constante de guía? Los Evangelios presentan a Jesús como conducido por el Espíritu desde el comienzo de su ministerio público: es “llevado” e incluso “empujado” por el Espíritu al desierto (Mt 4, 1; Mc 1, 12), y después a Galilea (Lc 4, 14). Lucas insiste que Jesús hace esto “lleno del Espíritu Santo”, que acaba de descender sobre él en el Jordán (Lc 4, 1).

De la misma manera, el anciano Simeón fue “impulsado por el Espíritu” al templo cuando Jesús es presentado en su octavo día (Lc 2, 27). Felipe es conducido a encontrarse con el eunuco etíope, ministro de la reina: el Espíritu empuja a Felipe a hablarle, explicarle las Escrituras y bautizarle, y luego le arrebató (Hch 8, 26.29.39). Pedro también es guiado por el Espíritu para ir a visitar paganos (cf. Hch 11, 12), como a Pablo y Silas les impide el Espíritu ir a Asia o Bitinia (Hch 16, 6-7).

Los Padres de la Iglesia y los teólogos han desarrollado esta dimensión de vida en el Espíritu bajo el encabezamiento de “dones del Espíritu”. La lista tradicional, inspirada por Isaías 11, 2, incluye sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, conocimiento, piedad y temor del Señor. Santo Tomás de Aquino explica que mientras que la fe, la esperanza y la caridad nos atraen hacia Dios y nos transforman, todavía necesitamos una ayuda adicional para escoger muy concretamente el camino correcto y tomar las decisiones para vivir esta transformación. Ser cristiano significa no solo hacer el bien en general o vivir una vida en conformidad con el Evangelio; significa obedecer al Señor en los detalles de nuestra vida. Para Aquino los dones del Espíritu nos asisten en hacer justo eso, porque nos disponen a ser conducidos por el Espíritu: “Los dones del Espíritu Santo... nos ayudan a seguir el impulso que nos comunica el Espíritu”. Santo Tomás también desarrolla la hermosa idea del “instinto del Espíritu Santo”. Más que se nos otorgue una especie de conocimiento que podríamos utilizar

como si fuera nuestro, nos hacen “instrumentos” más atentos y obedientes en manos de Dios.

Estos dones son parte de la vida cristiana normal, pero todavía necesitan ser pedidos y nutridos. Un testigo llamativo de esto fue el Pastor David du Plessis, un líder clave en el movimiento pentecostal. Su primer pensamiento al despertarse por la mañana era saludar al Espíritu Santo: “Hola Espíritu Santo, te amo”. Luego seguiría diciendo: “Espíritu Santo, por favor concédeme paso a paso hoy: seguiré el primer impulso que me venga a la mente para cada decisión que tome”. Era una manera de “retar” al Espíritu

a asistirle e inspirarle. Du Plessis tenía planes y citas, pero se sentiría libre de cambiarlos si el impulso le orientaba en otra dirección.

Por supuesto, si intentamos seguir la guía del Espíritu Santo de una manera tan inmediata necesitamos discernir constantemente si es realmente su voz la que estamos escuchando. Los términos “instinto” e “impulso” indican que el primer acceso que tenemos a esta guía es un tipo de “sentimiento”. San Ignacio de

Loyola, que desarrolló una enseñanza profunda y precisa sobre el discernimiento, coincide: el “medio” de discernimiento, por el que el Espíritu nos guía, son nuestras emociones. La paz y la alegría nos muestran el camino a seguir, el desasosiego y la repugnancia de lo que tenemos que alejarnos. Sin embargo, las emociones son solo el medio, no son la voz del Espíritu mismo. Es necesario emplear nuestra mente para entender a qué está reaccionando la emoción, pedir consejo a otros—ya que el Espíritu obra a través de la hermandad de la Iglesia—y mantener nuestros ojos abiertos a las consecuencias, ya que sólo el fruto de nuestras decisiones puede ofrecer una confirmación plena y final.

También necesitamos aprender a reconocer la voz del Espíritu, para que se vuelva cada vez más familiar, a través de la oración regular y meditaciones sobre las Escrituras, a través de las que el Espíritu habla de la forma más clara.

De modo, que al final, sí, deberíamos ser conducidos paso a paso por el Espíritu Santo, porque es así como desea dirigirnos—y podemos, porque podemos nutrir los “dones del Espíritu” y crecer en discernimiento. 🏠

